



¿Cuándo
vendrá el
abuelo?

Diego Ugarte

Ilustraciones de Alba Mandarin


loqueleo
SANTILLANA

Índice

Viernes

I	9
II	13
III	15
IV	17
V	23
VI	25
VII	31
VIII	37
IX	41
X	43

Sábado

I	53
II	57
III	61
IV	65
V	71
VI	73
VII	79
VIII	83
IX	93
X	95

Domingo

I	101
II	105
III	111

I

—Objetivo a la vista. Repito, objetivo a la vista —dijo Martín utilizando su pequeño radiotransmisor. —Está junto al árbol, desprotegida. ¡Voy a entrar! ¡Voy a entrar!

Se ajustó el casco y corrió lo más rápido que pudo. Se acercó al objetivo y lo tomó en sus brazos.

—¡La tengo! ¡La tengo! —dijo de nuevo por el radiotransmisor—. ¡La pelota está a salvo! ¡Cambio y fuera!

La misión había sido exitosa. Martín estaba entusiasmado. Observaba la pelota e imaginaba que enseguida estarían jugando. De pronto escuchó



que algunas hojas crujían, como si fueran pisoteadas. Dio una mirada al terreno para asegurarse de no encontrar ninguna sorpresa. A simple vista, solo quedaba un monstruo extraterrestre vestido de rojo y con forma de rastrillo.

—Algo no está bien —dijo Martín.

El crujir de las hojas en el suelo aumentaba. El aire. El aire golpeaba por todas partes levantando las hojas que antes crujían, moviendo el árbol. El aire. El aire.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —gritaba Martín mientras sentía que desde las ramas era bombardeado con manzanas.

Ahora el casco le restaba visibilidad. Se lo acomodó rápidamente, pero al darse la vuelta puso sin querer uno de sus pies sobre la cabeza del rastrillo e hizo que este se levantara y lo golpeará en la cara. Martín cayó de espaldas al tiempo que el pequeño casco y la pelota volaban por los aires.

De nuevo escuchó el ruido de las hojas pisoteadas. Alguien estaba cerca. Como pudo, corrió hacia la pelota. Se tiró al suelo. La tomó fuertemente entre sus brazos. «¡Martín!», escuchó gritar a ese alguien. Era muy tarde y la misión había fallado. Abrió un ojo y observó unas botas de piel.

—¿Qué estás haciendo? —dijo la voz al mismo tiempo que dejaba escapar una risa.

Por un momento Martín quiso llorar, pero pensó que tal vez el abuelo estaría escondido en algún lugar, observando, así que escondió las lágrimas.

—Nada, abuelita. Aquí jugando —respondió.

—Ven —dijo la abuela tomándolo de la mano—. Ya es hora de comer.